

una vez en su presencia, dile así con toda dulzura y humildad: « Si queréis darme una buena escolta, yo libertaré á la Francia; iré á buscar á Carlos VII y le conduciré á Reims, doode será ungido.» Esto dijo el Señor, y luégo desapareció.

—¿Y quieres ir á Vaucouleurs?—tornó á preguntar Santiago.

—Yo no quiero, señor y padre mío, más que lo que vos ordenéis—respondió Juana con aquella dulzura angelical que parecía haber recibido del cielo.

—¿Y si me opongo á que vayas?—preguntó de nuevo su padre.

—¡Entonces, padre mío, me moriré!

—¡Parte al alba!—dijo Santiago bajando la cabeza con abatimiento.

—¡Padre, valor!—dijeron sus hijos;—nosotros acompañaremos á Juana.

—Si he de ir, ha de ser sola—respondió ésta con firmeza:—¡quedaos vosotros con padres y abuela y rogad todos por mí!

—¿Qué temes?—le preguntó su madre, tomándole una mano y al ver correr dos lágrimas por las mejillas de Juana.

—¡Madre—contestó ésta:—á ti sola lo digo, porque eres una santa: las dos veces que me ha hablado el Señor me ha mostrado, al despedirse, una corona de espinas! ¡Pero no reveles esto á padre ni á mis hermanas!... ¡No me dejarían ir, porque los

hombres tienen valor, más sólo las mujeres tenemos una fe ciega y grande!

IV.

Apenas la aurora doraba con su luz primera el brillante y puro cielo de la Champaña, cuando Juana despertó de un sueño pacífico y tranquilo como el de un niño.

Levantóse quedito, abrió su arcón de encina y sacó un vestido nuevo de lana y una cofia, blanca como la nieve y adornada de una cinta negra.

Vistióse sin causar el más leve ruido, pues su alcoba estaba inmediata á la habitación de su abuela, y no quería despertarla; pero cuando salió de su estrecho aposento, su maravilla fué grande al hallarla vestida y rezando su rosario de rodillas.

La joven abrazó á la buena anciana y salió con ella en busca de sus padres.

Tampoco se habían acostado.

Santiago, sentado junto á la mesa en que había cenado, tenía la cabeza apoyada en la mano, y su madre lloraba ahogando con trabajo los sollozos.

—Si os afligís así, no partiré, padre mío—dijo Juana;—Dios ha dicho que el hijo que haga derramar á sus padres una lágrima, será maldito; y mi deber es conservar vuestra alegría.

—Juana—dijo Santiago estrechando sus manos:

vete y... ¡bendita seas! Toma, hija mía, toma tu báculo de pastora, y el Señor vaya contigo. Tú, el modelo de las hijas, la doncella más pura, modesta y cariñosa de nuestra aldea; tú, la bienhechora de los pobres, el consuelo de los afligidos, no puedes engañarnos! Lloramos porque... eres nuestra hija, y quizá esa senda, á que Dios te llama, es muy peligrosa. ¡Pero no es delito llorar, hija mía, y el Señor nos ha dejado abiertos los manantiales del llanto para que podamos soportar las penas más amargas... ¡Parte, hija mía, y bendita seas!

Juana tomó el báculo que su padre le ofrecía: abrazó á éste tiernamente lo mismo que á su abuela, madre y hermanos, y salió sin apresuración y sin congoja, tan serena y grave como si llevase delante sus mansas y juguetonas cabras.

Llevaba, sin embargo, un compañero.

Era Ralf, un mastin de raza de lobo y que, no obstante, defendía valerosa é ingratamente el ganado de los ataques frecuentes de sus crueles progetores.

Ralf no había querido dejar de ser aquel día el compañero de Juana y la siguió con su paso lento, silencioso y mesurado.

No bien la joven y su perro hubieron desaparecido en un recodo del camino, se acercó Isabel á su marido:

—Si quisieras creerme—le dijo—seguiríamos á nuestra hija.

—¿Para qué? —preguntó Santiago con abatimiento;—¿no has oído que quiere ir sola?

—Sola irá; pero nosotros podemos caminar á alguna distancia por si le ocurre alguna cosa.

—Va con ella Ralf.

—¡Y qué, Santiago! ¡Teniendo padres, dejaremos encomendada su custodia á un perro!—exclamó con amargura aquella madre ejemplar:—yo no quiero incomodarla—añadió;—demasiado sé que su destino en la tierra es tan grande, que no podemos nosotros comprenderlo!... ¡No, no quiero que nos vea! Mas quiero seguirla, aunque sea de lejos... ¡y si tú no te decides á acompañarme, me irá yo con uno de nuestros hijos!

—Iré contigo—dijo Santiago levantándose en el momento.

—Pues pongamos en tu zurrón algunas provisiones: en medio de nuestra pena, nada dimos á Juana para el camino, que es largo, y ella no se acordó tampoco... pero á la vuelta nos encontrará y comerá con apetito.

Y esto diciendo, colocó Isabel en el zurrón de su marido un pedazo de venado, otro de queso y un pan grande y moreno.

Después salió con Santiago.

Poco tardaron ambos en ver á Juana, aunque á alguna distancia.

Caminaba apoyada en su báculo y seguida de su perro, con aquella calma y tranquilidad propias

sólo de quien va á cumplir un deber sagrado y halagüeño al mismo tiempo.

Alguna vez pasaba un pastor ó un campesino por su lado y la saludaba afectuosamente con un *Dios os guarde, doncella*.

A lo que Juana respondía con su voz grave y dulce á la par:

—Él es acompañe.

Una vez se halló con algunos soldados del gobernador, que bajaban de Vaucouleurs: maravillados de la belleza de aquella joven que caminaba sin más compañía que su perro, la empezaron á requerir; pero ella, como si no hubiera escuchado ninguna de sus palabras, les preguntó con serenidad:

—Señores soldados, decidme por favor: ¿hallaré en su palacio al señor capitán Beaudricourt?

—¿Al gobernador?—repuso uno con maliciosa sonrisa.

—Sí, al gobernador.

—Allí está, hermosa niña; pero te advierto que no le gustan las hembras, y que tiene mal genio.

—Os agradezco la merced que me habéis hecho en responderme—dijo Juana con tranquilidad:—quedad con Dios.

—¡Qué extraña criatura!—exclamó el soldado, que había sostenido con Juana el diálogo anterior, al pasar junto á Santiago é Isabel.

—¡Ah! Esa debe ser la visionaria—dijo otro.

—Visionaria ó no, la aclamo por la más encantadora criatura que he visto en mi vida—contestó su compañero.

Los soldados prosiguieron su camino, no atreviéndose, á pesar de su cinismo, á molestar más á Juana, que marchaba adelante, seguida á lo lejos por sus padres.

Ya era cerca de medio día cuando llegaron á la ciudad.

Juana no había estado nunca en ella: criada en los campos como una flor silvestre y nutrida sólo con las brisas y el rocío del cielo, no había conocido más que su cabaña, su valle y el bosque de pinos, teatro sagrado y querido para ella de sus éxtasis y visiones.

Por esta razón, sus padres creyeron que tendría que preguntar á mucha gente, y temblaron pensando en los riesgos que iba á correr su belleza é inocencia en una ciudad ocupada por fuerza militar, y en las frases groseras que habían de lastimar sus oídos tan castos y tan puros; pero, con gran admiración de su parte, la vieron entrar en la ciudad, cruzar sus tortuosas calles y entrar en el palacio del capitán Beaudricourt.

Había en el gran patio algunos mesnaderos y hombres de armas, además de diferentes arqueros que hacían centinela.

Juana se dirigió á uno de los soldados y le dijo con su habitual dulzura:

—¿Me haríais la merced de preguntar al gobernador si quiere recibirme?

—¿Quién sois, hermosa niña?—interrogó el soldado, interrumpiendo su paseo.

—Una pastora de la Champaña.

—¿Y queréis?..

—Hablar al gobernador.

—¿Vuestro nombre?

—La doncella Juana d'Arc.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Es la visionaria!—dijeron en coro algunos soldados.

—¡Eh! ¡Callad!—gritó airado el arquero.—Nosotros nada tenemos que ver con eso, puesto que ella viene á entenderse con el gobernador.

Subió, dicho esto, la ancha y sombría escalera, y poco después bajó y dijo á Juana:

—Hermosa niña, el gobernador consiente en recibirlos y os espera.

Juana le dió gracias y empezó á subir; mas como Ralf la siguiera, reparó en él el benévolo soldado, que era un hombre de cabello y barba gris.

—Hija mía—le dijo—dejad ahí á vuestro perro.

—Señor soldado—repuso Juana—este pobre y noble animal es mi solo defensor y mi única compañía desde que he salido de la casa de mis padres: os ruego, pues, que no me separéis de él.

—Por mí, puede acompañaros—contestó el soldado,—pero no sé lo que dirá el gobernador.

Sin otras razones, subieron el resto de la escale-

ra, y después de atravesar un vestíbulo sombrío y algunas estancias llenas de los viejos soldados que habían permanecido fieles al hijo del rey demente, entraron en un vasto salón.

Era este muy oscuro, y estaba sostenido por macizos pilares de piedra.

En un ancho sillón de encina, cubierto de molduras, se hallaba sentado, ó más bien, tendido, un hombre de talla colosal y de semblante fiero y atezado.

—Dios os guarde, señor—dijo Juana saludando, en tanto que su caritativo introductor se retiraba.

—¿Qué queréis?—preguntó con voz áspera el capitán.

—Ante todo saber si sois el capitán Beaudricourt, gobernador de esta ciudad por el delfin Carlos, hijo de Carlos VI.

—El mismo soy—respondió el gobernador, mirando con asombro á aquella bella joven, detrás de la cual se sentaba gravemente un enorme perro.

—Pues bien, señor—dijo la joven—yo soy la doncella Juana d'Arc, y vengo á daros un mensaje de parte del rey del cielo.

El gobernador se encogió de hombros.

Juana, sin desconcertarse, continuó:

—El delfin Carlos ha sido proclamado en Poitiers con el nombre de Carlos VII; pero, sin embargo, el ambicioso duque de Bedford manda en

toda la Francia; su ejército victorioso ocupa toda la Aquitania, el Poitou y todas las ciudades del norte del Loira, y las escasas tropas del Delfin apenas alcanzan, á pesar de sus inauditos esfuerzos, á contener el paso de ese torrente devastador.

Ahora bien, señor gobernador, continuó Juana: haced decir á Carlos VII que suspenda todo ataque hasta la mitad de la próxima cuaresma, época en que Dios le enviará un socorro que le hará pacífico poseedor de su reino.

—¿Quién le llevará ese socorro?—preguntó el gobernador, interesado á su pesar por los razonamientos de Juana, y creyéndola enviada del duque de Lorena, adicto al rey.

—¡Yo!—contestó la pastora: y añadió con unción, repitiendo las palabras de su éxtasis:

Si queréis enviarme con una buena escolta, yo libertaré á la Francia: iré á buscar á Carlos VII y le conduciré á Reims, donde será ungido.

—¡Cómo!—exclamó el feroz gobernador, levantándose iracundo.—¿Así abusas de mi credulidad? ¡Tú debes ser esa loca visionaria de quien hablan los pastores que venden provisiones á mis soldados! ¡Loca! ¡Fuera de aquí! Y ten en cuenta que, si vuelves, haré que te echen á golpes dos de mis hombres de armas.

—Señor—observó Juana, sin impaciencia, sin alterarse y con una voz perfectamente tranquila—yo no estoy loca: soy la enviada de Dios.

—¡Ea! ¡idos tu perro y tú!—gritó de nuevo el gobernador.

—Dios abrirá vuestros ojos á la verdad, señor—dijo Juana:—entonces me buscaréis y yo estaré siempre pronta para servir á mi patria y morir por ella. Entretanto, quedad en paz y perdonadme que os haya incomodado.

El gobernador, á pesar de su dureza, quedó admirado de tanta dulzura y mansedumbre.

—Espera—le dijo.—¿Tienes padres?

—Sí, señor—contestó Juana con suavidad.

—¿Y hermanos?

—Tengo dos.

—¿De más edad que tú?

—Sí, señor.

—¿Querrían ser soldados de Carlos VII?

—El día que yo empuñe el blanco entandarte de la libertad, que Dios me ha mostrado, creo, señor, que me seguirán á la guerra.

El gobernador se encogió de hombros, como compadecido de aquella nueva prueba de demencia, y luégo, como para desviar aquel pensamiento enfermo de su círculo habitual, torno á preguntarle:

—¿Quieres casarte?

—No, señor—respondió Juana.

—Es que si amas á algún joven, yo te dotaré.

—¡Sólo amo á mis padres y... á la Francia!

—¿Sois pobres?

—¡Mucho!

—Toma—dijo el gobernador, alargando su bolsa á la pastora.

Pero ésta retrocedió un paso.

—Señor—dijo noblemente:—ni Santiago d'Arc, ni su esposa, ni su madre, ni sus hijos, han comido jamás el pan de la limosna.

—¡Vete en paz!—repuso el gobernador, volviendo á guardar su bolsa, no poco sonrojado.

Juana se inclinó en silencio y salió seguida de Ralf.

V.

Juana volvió á su casa con sus padres, y una vez en ella, á sus ordinarias ocupaciones.

A pesar de su calma aparente, la palidez iba reemplazando al fresco color de sus mejillas: se enflaquecía, y aunque siempre había sido más bien grave que risueña, poco á poco aparecieron en sus facciones las señales de una profunda melancolía.

Un mes transcurrió así, durante el cual ni una sola queja se escapó de los labios de Juana: pasaba ésta el día con sus cabras, y cada vez eran más largos los ratos de éxtasis y oración que tenía en el bosque.

La fama de sus visiones se extendió por todo el país; porque muchas veces, al pasar los pastores, la

oían rezar en alta voz y conversar con algún sér invisible ó sobrenatural.

Un día volvió á casa Santiago llevando una noticia muy importante: había oído decir que el duque de Lorena debía pasar por Domremy, pues iba en peregrinación á San Nicolás, cerca de Nancy.

Juana oyó esta nueva con indiferencia y salió, según costumbre, con sus cabras y su perro Ralf; pero cuando á la caída del sol volvía á su aldea, oyó tocar las campanas á vuelo.

—¿Qué pasa? preguntó al primer labrador que halló.

—Que el duque de Lorena, que iba en peregrinación á San Nicolás para recobrar su salud, se ha sentido tan agravado que ha tenido que detenerse en la aldea.

Juana, así que oyó esta respuesta, se encaminó á su casa, encerró el rebaño y se sentó á la mesa para cenar con su familia; mas no bien había cada uno ocupado su sitio, se abrió la puerta y apareció un gallardo oficial.

—¿La señorita Juana d'Arc? preguntó cortesmente.

—Aquí no hay ninguna señorita, caballero—contestó ásperamente Santiago;—si preguntáis por mi hija la pastora Juana, aquella es.

—Su señoría, el duque de Lorena, me ha mandado rogarle que venga conmigo á su alojamiento.

—¡A su alojamiento!—exclamó atónito Santiago—¿y para qué?

—Lo ignoro—respondió el oficial—pero traigo orden de conducirla á su presencia.

Al decir estas palabras, mostró el oficial un pergamino escrito y sellado con las armas de la casa de Lorena.

—Yo acompañaré á mi hija—dijo Santiago:—retiraos, señor oficial, y haced saber al señor duque que os seguimos, y que dentro de breves instantes estaremos en su presencia.

Retiróse, en efecto, el oficial, pasmado de la dignidad y nobleza del buen aldeano, quien, según había ofrecido, salió al instante con su hija encaminándose al alojamiento del duque.

Cuando llegaron, estaba aquél recostado en un gran sillón que casi le servía de lecho, quejándose dolorosamente, y las contracciones de su rostro anunciaban un sufrimiento muy agudo.

El aspecto del duque era duro y altanero; bien que en aquella época estas eran las cualidades predominantes en toda persona de alcurnia elevada; la cortesanía y la civilización no habían aún suavizado el orgullo innato en el hombre, y su afán desmedido de dominar; todo se esperaba de la fuerza, y la persuasión, ó era del todo incomprendible, ó sólo hallaba pechos duros como las armaduras de acero que los cubrían.

Por eso la castidad, la pureza, la suave y sencili-

lla dulzura de Juana admiraban á todos, y se la consideraba como á un sér de una región más elevada que la que habitamos los míseros mortales.

No bien el duque había entrado en la aldea, sintió que se agravaban de tal modo sus habituales dolencias, que se vió obligado á detenerse.

Acordóse entónces de que en el camino había oído hablar á sus soldados de la loca ó la visionaria: y ya con el deseo de distraerse viendo si era aquella joven tan extraordinaria como decían, y quizá también por una esperanza remota y supersticiosa de que adivinase sus padecimientos, que desde mucho tiempo antes eran en extremo acerbos, la madó llamar, como hemos visto.

Cuando llegaron Santiago y su hija, la mirada penetrante del duque se fijó en la doncella con tanta insistencia y tan ardiente expresión, que la hizo bajar los ojos ruborizada.

Aquella confusión aumentó tanto su natural belleza, que el duque hizo un gesto de admiración.

Nada más bello, en efecto, que aquel rostro plácido, teñido por las rosas del pudor: prestábanle sus anchos párpados, inclinados al suelo y guarnecidos de negra seda, tan sublime expresión; eran las facciones de Juana tan correctas y hermosas, y había un no sé qué tan plácido en toda su figura, que el asombro del duque tenía disculpa, aunque estuviese expresado de una una manera muy vehemente.

—Niña,—dijo á la doncella—hanme contado que predices el porvenir.

—Os han engañado, pues, monseñor—respondió Juana que, por una intuición admirable, dió al duque el tratamiento que le correspondía como á príncipe de la sangre.

Mordióse el de Lorena los labios, pues conoció que no podría encontrar en la rudeza de aquella villana el solaz que se había prometido.

—¿Cuál es, pues—dijo con frialdad—el dón estupendo que hace te apelliden la loca y la visionaria?

—No poseo dón alguno que justifique esos apodos, monseñor—repuso Juana calmado con una dulce mirada la ira de su padre, próxima á estallar por el lenguaje insultante del duque;—sólo, prosiguió Juana, sólo digo algunas verdades que el Dios santo, padre de todos los hombres, me transmite desde el cielo.

—¿No podrías decirme algunas? preguntó el duque, cuya ironía aumentaba.

—Sí, monseñor; contestó la doncella.

—Veamos pues, y las tomaré como una muestra de tu habilidad.

—Tomadlas, monseñor, por un aviso del cielo.

—Bien está; habla.

—Pues bien, monseñor—dijo Juana mirando al duque frente á frente; vos estáis muy enfermo, y para alcanzar la salud vais en peregrinación á San Nicolás; pero tened entendido que esta peregrina-

ción de nada os servirá mientras no cambiéis de vida.

—¡Cambiar de vida!... ¿Yo?

—Vos, monseñor; no tenéis salud y estáis casi pobre, porque vuestras orgías consumen la primera, y vuestra inmensa fortuna ha pasado casi toda á poder de los judíos, que os ayudan á sostener á vuestras mancebas.

—¡Insolente! gritó con ímpetu el duque de Lorena levantándose y dirigiéndose á la doncella con los puños apretados.

Luégo, haciendo un violento esfuerzo para calmarse, añadió:

—Da gracias á haber nacido mujer, pues de lo contrario te haría morir en un calabozo.

—Monseñor—respondió Juana sin cambiar siquiera de color;—monseñor, podéis hacer de mí lo que queráis; pero os lo repito: Dios no os enviará la salud en tanto que vuestra vida no sea más arreglada; mientras corráis de desorden en desorden, no esperéis tener dinero en vuestras arcas, ni paz en vuestro corazón; vuestra mano no tendrá fuerza para sostener la espada, y siendo uno de los príncipes de la sangre real de Francia, viviréis siempre miserable y enfermo. Dios castiga los desórdenes así en el noble como en el plebeyo, y vos estáis experimentando los efectos de su justicia.

—¡Vete!—dijo el duque con furor—vete y jamás vuelvas á ponerte delante de mí.

La doncella se inclinó en silencio y salió seguida de su padre, que apenas podía contener su enojo.

No habían llegado aún á la antesala, cuando salió en busca el oficial que había ido á llamar á la pastora á casa de su padre.

—Monseñor manda que volváis á su presencia, joven, dijo á Juana así que llegó á su lado.

—Obedezco—repuso la doncella—os sigo, caballero.

Santiago quiso volverse con su hija, pero le contuvo el oficial diciéndole:

—El príncipe quiere ver á vuestra hija sola.

—Es igual, padre mío, esperadme aquí—dijo Juana mirando á Santiago de un modo harto elocuente para no ser comprendida.

Comprendióla Santiago, en efecto, y se sentó á esperarla en un recodo del camino.

Juana volvió á la presencia del duque, sin embarazo ni temor, pero también sin insolencia.

—Aquí estoy, monseñor—le dijo—habéis mandado que volviera y os he obedecido.

—Óyeme, hermosa niña, y pon cuidado en entender lo que voy á decirte: esa vida errante que llevas no te conviene, ni te pone el abrigo de la miseria; tú eres bella y yo podría amarte y hacer dichosa á toda tu familia: ¿quieres venir conmigo á París?

—No, monseñor—respondió Juana.—Dios me

ha colocado muy lejos de vos y no tengo, por cierto, ningún deseo de salvar la distancia que nos separa; así, quedad con Dios, porque mi padre me espera y sufrirá con mi tardanza.

—¡Es muy extraño!—pensó el duque sin cuidarse de que detuvieran á Juana.—¡Resistirme una pastora! ¿Luego lo que pensaba yo que era un pretexto para buscar aventuras, es realmente un dón del cielo?... ¡Sí! ¡Porque sólo el cielo puede dar tanta entereza, unida á tanto candor y á tanta dulzura!—¡Es extraño! esta pastora me ha hecho saltar el corazón en el pecho! ¡Hay en ella un no sé qué que me enteree... á mí!

Y se quedó muy pensativo.

Juana entretanto, salió del palacio, después de saludar con la cabeza á las gentes del duque.

A las puertas de la ciudad halló á sus padres.

Juana les abrazó, dándoles gracias por su cariño y cuidado.

Estaba triste, pero grave y tranquila como siempre.

—¿Qué hay, hija mía?—le preguntó su madre.

—No han querido creerme; me han llamado loca y me han ofrecido oro, dijo la doncella con melancolía.

—¿Y tú?...—preguntó anhelante Santiago.

—Yo, padre mío, he dicho que ni Santiago d'Arc ni su familia había comido jamás el pan de la limosna.